

**A pesar de padecer la escuela...
La belleza de crecer junto a verdaderos educadores (¹)**

Alberto Moreno Doña
amorenod@ucentral.cl
Facultad de Ciencias de la Educación
Universidad Central, Chile

Cursábamos séptimo básico. Era un día y un año escolar como otro cualquiera, en donde el entusiasmo del primer día de escuela y el reencuentro entre todos los amigos/as y con nuestro nuevo material de clase, desaparecería pronto. Pero eso no ocurrió esta vez, pues el primer día de clase entró en ella un nuevo maestro que comenzó a sorprendernos con su sola presencia, pues su pelo largo y bien rizado y su forma desaliñada de vestir, era algo desconocido para nosotros. Lo recuerdo como si fuera hoy mismo, pues esa presencia ya nos hacía intuir que ese nuevo maestro tenía algo diferente al resto.

Juanma llegó al colegio para enseñarnos Lenguaje e Inglés, dos asignaturas consideradas por nosotros bastante aburridas, pero no más que lo era el resto. Tras su aparición en la clase, se sentó y comenzó a presentarse, hablando sobre aspectos relacionados con algunas cosas del curso. Una de las primeras ideas que nos comentó fue (²): “no deben preocuparse por la nota que vayan a sacar, pues esa será decidida por vosotros y vosotras. Lo único que debe preocuparos es amar el lenguaje, la forma de comunicarnos y las maravillas que se pueden conseguir con él, la magia de poder expresar a partir de él, no sólo conocimientos sino por sobre todo emociones”

Esa norma hoy imperante en la escuela en donde evaluación es sinónimo de calificación y con la cual se ‘mata’ el aprendizaje, no tuvo espacio para ese maestro singular. La uniformidad cuantitativa (Calvo, 1990) a la que nos tiene acostumbrada la escuela fue claro motivo de discordancia para él. Esa primera trasgresión de las normas

¹ Quizás el educador que más me haya influenciado sea uno que no aparece en este trabajo, pues requiere de una reflexión y análisis propio. Me refiero al educador latinoamericano, y más concretamente chileno, Carlos Calvo Muñoz. Si bien él no aparece explícitamente en este texto, he pretendido que exista un diálogo implícito con muchas de sus ideas sobre educación. Gracias Carlos.

² Escribo estas palabras lo más textualmente que el recuerdo me permite

escolares en relación a la calificación que podríamos llegar a obtener produjo en nosotros una incertidumbre que nos confundía, pues por los considerados ‘buenos estudiantes’, entre los cuales me encontraba, nos debatíamos entre la maravilla de liberarnos de la presión diaria de ser considerados un número, y por otro nos cuestionábamos la justicia – injusticia de ser considerados igual que los que no hacían nada. (3)

A pesar de que algunos dicen que los niños sólo quieren jugar y divertirse y que no suelen pensar mucho, recuerdo perfectamente el proceso de reflexión desordenada – caótica, que llevé a cabo durante algunos días en mi hogar y en las propias clases junto a algunos compañeros, para intentar develar los secretos de tan diferente propuesta. Ese proceso de reflexión se fue autorregulando (Calvo, 2002; Moreno, 2005) en la soledad mi cuarto, en los momentos previos a quedarme dormido, sin el consejo previo de mis padres, pues me asustaba decirles que tenía un profesor así. Me asustaban que pensarán que tenía profesores un poco ‘locos’, pues a pesar de no estar seguro de lo bueno o malo de dicha situación no hubiera sido capaz de poner en peligro el placer por descubrir lo que nos esperaba en ese año con ese nuevo educador.

La inocencia, que no ingenuidad, de esos años de infancia (Calvo, 1990b) era una inocencia que no calla el conocimiento sino que es germen de descubrimiento de lo desconocido. Ese placer por descubrir es el que Juanma nos ofrecía continuamente, pues lo que casi en ningún momento le escuché fueron respuestas, sino por el contrario preguntas, preguntas que nos emocionaban y sin duda nos confundían, pero él nos ofrecía el espacio para la conversación en donde la emoción de ser nosotros mismos encandilaba nuestro proceder cotidiano al interior de sala de clases. El placer por descubrir y descubrirnos, que se había estado desvaneciendo en los años anteriores, hacía acto de presencia y dirigía todas nuestras acciones. (4)

³ Cuando digo ‘no hacían nada’ lo hago recordando mis pensamientos en aquella época, no desde mi visión actual de la educación y de la escuela

⁴ Para profundizar más sobre la ‘Pedagogía de la pregunta’, revisar Calvo (1990, 1990b, 2002)

Con él aprendí algo que más tarde otros educadores me han enseñado: educar es más simple de lo que en algún momento llegué a pensar y sentir. Educar es crear espacios para la conversación en donde todos los implicados se aceptan como legítimos otros (Maturana, 1990). Educar no es buscar el orden impuesto por las normas sino generar desorden a partir de preguntas sustanciosas que se irán ordenando en el tiempo y en el espacio, (Calvo, 1986) pero muchas veces ni siquiera en el espacio escolar, pues Juanma tenía la capacidad de no querer buscar respuestas inmediatas sino un proceso de reflexión que aún sigue hasta estos días. Una reflexión, en séptimo básico, que me hacía ir más allá de las preocupaciones que socialmente se piensa debe tener un niño.

Todavía me emociono al recordar el día en el que Juanma se fue, en hora del recreo, a tomar un café a un bar cercano a la escuela, como siempre hacía, ya que su relación con el resto de profesores/as no era excesivamente buena. La negación que los otros/as le hacían constantemente no era sino una muestra más de la actitud de la lógica escolar que considera a lo distinto como opuesto y no como únicamente diferente.

Ese día me invitó a abandonar el espacio escolar y a acompañarlo a ese bar, en donde todavía recuerdo a ese hombre despeinado que olía profundamente a tabaco y que me trataba como una persona, cosa sorprendente en la escuela donde estaba, en donde yo era un alumno, no una persona.

El tiempo y el espacio escolar se me ampliaban, y acercaba la escuela a mi realidad cotidiana y personal. Los tiempos monocrónicos y espacios multiproxémicos a los que estaba acostumbrado se convertían ahora en mis tiempos y en mis espacios que sincrónicamente convivían junto a los de Juan Manuel.

Todavía recuerdo que me hizo muchas preguntas, las que consiguieron que la vergüenza de hablar con un profesor sinceramente desapareciera rápidamente. Mis aficiones fueron el tema de conversación y él, conforme yo hablaba, relacionaba constantemente lo que yo le iba diciendo con aquello que veíamos en clase. Pero no desde el academicismo escolar sino desde la subjetividad de su conocimiento. De ahí que ahora no me queda más que sorprenderme cuando le escucho y le leo al pedagogo chileno Carlos Calvo que la educación es el proceso de creación de relaciones posibles y la escuela es el proceso de repetición de relaciones preestablecidas. (Calvo, 2005)

Juanma tenía muchos problemas con el resto de docentes, como he comentado anteriormente. A pesar de ello, nunca lo vi alterarse al hablar con sus compañeros. Muy por el contrario, siempre pude apreciar de él y vivenciar con él un diálogo anclado en su más profunda subjetividad y compromiso político. Ahora me reencuentro con él, en la distancia, cuando leo a Paulo Freire afirmando muy rotundamente que educación es política. Ahí aprendí la imposibilidad de una educación neutral, sino por el contrario, la maravilla de un educador comprometido en el pensar y en el hacer con los ideales que buscaban la justicia, la equidad y la movilización social.

Ese salir del espacio escolar no fue una situación aislada, pues en otro momento lo acompañamos, varios compañeros y yo, a su casa. Allí nos mostró la que era realmente su pasión: los títeres. El respeto a la diversidad, por el que hoy día se crean discursos maravillosos, lo pude aprender en unos 30 minutos. En esa casa vivían 14 personas, amigos de juventud, que todavía mantenían unos ideales intactos. Pensaban y piensan que otro mundo era posible, un mundo en donde el ser humano no se impusiera a la naturaleza, en donde la racionalidad no supeditara a la emocionalidad y en donde el compromiso fuera más allá de un discurso democrático.

Como es de imaginar, todas esas salidas del espacio escolar le trajeron consecuencias negativas a Juan Manuel, pues el resto de profesores no encontraban legítima tal situación. La negación, como ya he comentado más arriba, de Juan Manuel, era una muestra más de lo que la mayoría de los niños aprendíamos en esa escuela: “la imposibilidad de ser uno mismo y la obligatoriedad de ser como otros querían que fuéramos. Las incoherencias del sistema todavía me duelen y me hacen pensar y reflexionar constantemente.

Un día, ese educador, propuso una actividad musical en el colegio, pero le dijeron que no estaban los medios para alquilar todo el instrumental necesario. Él se opuso a tal negativa y trajo de su propia casa el instrumental necesario. Este hecho, unido a otros, le valió que finalmente lo ‘vencieran’ y decidiera, no mucho después, abandonar la profesión de maestro y dedicarse a los títeres, su pasión desde hacía mucho tiempo.

Hoy, cuando voy en vacaciones para Jerez me suelo encontrar con él, y siempre compartimos algún rato agradable y conversamos, nunca sobre nuestra experiencia en la escuela, sino sobre nuestro presente. Es un placer todavía ver que existen personas con esa capacidad de sorprender a los otros y de generar orden en el caos absoluto de esta pseudo - democracia que vivimos.

Sé que no es mucho poder hablar de un verdadero educador en 8 años de escuela básica. Un educador que me hiciera fluir en la maravilla de un aprendizaje que incita, de un aprendizaje que puede llegar incluso a producir sufrimiento, pero a pesar de lo cual es imposible negarse al mismo. Una lectura que me permite navegar por lo bello de la literatura, lo imprevisible del desconcierto provocado por lo nuevo, por lo emergente, que sólo se va organizando, normalmente lejos del espacio escolar. Pero esa sola y única experiencia puso en mi la pasión por educar, en el mismo nivel que él tenía la pasión por sus títeres.

Más tarde, ansioso de entrar en la educación secundaria, tuve que esperar hasta el 3 año para encontrarme con Mariano, un profesor de literatura con un bigote largo y bien cuidado.

Aunque podría decir que el patrón de comportamientos de este segundo educador que marcó mi vida, es similar al de Juan Manuel, merece ser rescatado de entre las tinieblas de la escuela que valora lo similar y desvaloriza lo verdaderamente creativo.

El primer día de clases nos comentó que él estaría con nosotros ese año y el próximo, y que por tanto sería con él con el que tendríamos que preparar el examen de literatura que nos encontraríamos en la selectividad. Nos adelantó que dicho examen consistía en una prueba teórica sobre algún periodo literario y un comentario de texto. Nos comunicó, entonces, que él se dedicaría únicamente al comentario. El estudio teórico sobre las corrientes literarias, autores, etc., cada uno lo debía estudiar por su cuenta y ante cualquier duda pedirle ayuda.

A pesar de ser un ‘buen estudiante’, leí realmente poco con respecto al estudio teórico, sacando en dicho examen un 2,5., mientras que en el análisis de texto pude conseguir la máxima nota, un 6.

Con esto no quiero decir que no aprendiera nada de teoría. Muy por el contrario, lo que aprendí todavía no lo olvido, pues fue una necesidad personal tener que leer sobre la vida de los autores para seguir profundizando en los textos que íbamos analizando. Fue la única vez en donde el estudio fue un placer y no una obligación. Y el 2,5 fue lo de menos.

Con Mariano aprendí su forma de vivir el acto educativo, en donde las convenciones quedaban atrás para dar paso a un vivir aquello de lo que hablaba. Todavía recuerdo, y siempre lo hago públicamente con mis amigos y amigas, el día en el que comenzamos a leer al Quijote. Ese día, debido a todo lo bueno que Mariano nos había comentado previamente, estábamos ilusionados por dicha temática, pues si bien todos conocíamos el Quijote ninguno de nosotros lo habíamos leído.

Ese día, al ingresar a la clase, quedamos absortos al ver, encima de la mesa del profesor, un hombre gordito (Mariano claro está), con una papelera en la cabeza que hacía las veces de armadura, con una silla en una mano haciendo las veces de escudo y en la otra una escoba que, como no podía ser de otra manera, la utilizaba como lanza. Su voz era potente y el recitar la escena del Quijote en donde éste lucha contra un rebaño de ovejas, el asombro crecía en nosotros, pues no era la memorización lo que nos sorprendía sino el poder convertir algo ficticio en algo tan real como aquello. Cuando terminó, no nos quedaba otra que aplaudir, pues las emociones que recorrían nuestro cuerpo no nos permitían hacer otra cosa. Realidad y ficción se hicieron una y la objetividad que homogeneiza se convirtió en una subjetividad creadora de un mundo que, si bien no estaba materialmente, él había convertido en realidad para nosotros.

Terminada dicha situación nos preguntó, ¿estoy loco?. Esa es una pregunta que me hice durante mucho tiempo: ¿estaba loco el Quijote? O no era más que su manera cuerda de poder transgredir las normas de la sociedad en donde vivía. Mi duda sigue presente hoy al encontrar que existen trabajos relacionados con la locura lúcida de Don Quijote (Fernández, 2005)

El lenguaje de Mariano era un lenguaje cercano al de nosotros y nosotras, en donde incluso alguna que otra vez se le escapaba algún ‘taco’, cosa impensable para los otros profesores/as, pero que a nosotros nos hacía penetrar nuevamente, después de algún momento de distracción, en lo que estábamos tratando. Distracción para Mariano no era sinónimo de falta de respeto y de no aprendizaje, sino de parte inherente al mismo. (Calvo, 1993)

No menos enriquecedora fue la situación en la que un profesor de Filosofía (Pepe) hizo un comentario en clase sobre la escasa calidad de Camilo José Cela, argumentando en contra de las convicciones políticas que éste profesaba. Más tarde, con Mariano, le preguntamos si realmente el magnífico autor de la Colmena, que habíamos estado leyendo, no era tan bueno. Mariano nos dijo muy seriamente: “yo soy de izquierda, enfáticamente rojo, pero la belleza de la escritura de Cela supera la ideología que él pueda compartir. A pesar de las diferencias ideológicas que tengamos hay algo que nos une más allá de esas diferencias, y no es otra cosa que el diálogo que puedo mantener con el autor cuando lo leo y lo vivo en sus páginas” El mismo diálogo que ahora, después de mucho años, puedo mantener con estos grandiosos y anónimos (para mucho de ustedes) educadores. El pasado se convierte en presente y el presente se me hace futuro en todo aquello que pienso y deseo para la escuela del futuro, para una escuela en donde realmente nos eduquemos.

Gracias por enseñarme que la complejidad educativa se hace simple con personas como ustedes, personas que no obligan a caminar sino que muestran el camino e invitan, a partir de la duda, la pregunta, el entusiasmo y la sorpresa, a transitar autónomamente por él.

Bibliografía

- Calvo, Carlos (1986). Contradicciones e incertidumbres en el proceso de formación de profesores. Seminario de Formación y Perfeccionamiento de Profesores de Educación General Básica, Organizado por el Programa de Educación General Básica, Pontificia Universidad Católica de Chile, Sede Regional Temuco, 26 y 27 de noviembre de 1986, Temuco, Chile
- Calvo, Carlos (1990): Desescolarización de la escuela y democracia. Publicado: Serie Aportes N° 4, Educación Formal y Popular de Adultos. Proyecto de Cooperación: Modelos de Administración y Planeamiento de la Educación

Formal y No Formal en el Marco de la Regionalización, OEA / Universidad de la Frontera (Chile), 1990:23-5

- Calvo, Carlos (1990b). Las inocentes preguntas del que (no) sabe. *El Canelo, Revista Chilena de desarrollo local*, 5(21)6-8
- Calvo, Carlos (1993). “¿Crisis de la educación o crisis de la escuela?” en Osorio, Jorge y Luis Weistein (editores): El Corazón del arco iris: Lecturas sobre nuevos paradigmas en educación y desarrollo. Santiago de Chile: Consejo de Educación de Adultos de América Latina (CEAAL)
- Calvo, Carlos. (2002). Complejidad, caos y educación informal. *Revista de Ciencias de la Educación*, 190, 227 – 245.
- Calvo, Carlos. 2005. La sutileza como germen educacional copernicano. En Osorio, Jorge (ed.): “Ampliando los límites del Arco Iris: revisita a los nuevos paradigmas en desarrollo, educación y movimientos sociales”. Santiago: Editorial Universidad Bolivariana
- Fernández, Alonso (2005). El Quijote y su laberinto vital. Antrophos. Barcelona
- Maturana, Humberto (1990). Emociones y lenguaje en educación y política. Ediciones pedagógicas chilenas. Santiago.
- Moreno, Alberto (2005). La cara oculta de la educación indígena: educación informal y teoría del caos. *Temas de Nuestra América*, 24. Costa Rica